

EN LO MÁS SUTIL DEL AIRE

A Hermelindo Castro Riquelme

La alada

especie que yo adoro - ¡Está por todas partes! -  
con usos y costumbres diversos, siempre ebria de vida,  
se despierta y canta.

Umberto Saba: Pájaros\*

Las Islas de los Bienaventurados que evoca  
Platón en la parte final del Sorgias estaban  
en los confines de la tierra, lejos de los hombres,  
rodeadas por el océano del aire.

Probablemente, los Bienaventurados  
se alimentaban de la delgada lámina  
del aire mismo. Temían, sin duda, que  
estar en una isla, en una tierra exenta,  
para flotar sin peso en la levedad suprema.  
Eternamente felices y ligeros. Pájaros. En  
el siglo V, Paulino de Nola escribe:  
"Al perminar en nosotros, la semilla  
de la palabra divina nos transforma en  
Pájaros". El paso de un elemento más denso  
o pesado a un elemento más sutil repre-  
senta una puesta a prueba, un rito  
de "pasaje", una iniciación, cuyo término  
es dejar de volar en lo más sutil del  
aire. Como el pájaro que Leonardo des-  
cribe en el Códice Sulvato degli ucelli

que "para estar más a salvo, vuela sobre las nubes y encuentra un aire tan sutil que no puede sostener a los pájaros que lo persiguen." Ión el que sabe del vuelo de altura, del vuelo de sutileza, puede dejar a unirse a ese pájaro solo, temerario, inalcanzable. La empresa es difícil; la esperanza no falta, dice San Juan de la Cruz:

"Cuando más alto subía  
destumbrieme la vista,  
y la más fuerte conquista  
en oscuro te hacía;  
mas, por ter de amor el lance,  
di un viego y oscuro salto,  
y fui tan alto tan alto  
que le di a la caza alcance."

La unión, en este vuelo de altura, le produce por "destumbriamiento", como en la narración persa de Farîd-ud-Dîn Attar La lengua de los pájaros las aves que siguen a la abubilla, al término de un viaje, quedan destumbriadas por la visión de miles de soles, se funden con la "simorga", son absorbidas en el oscuro esplendor de la luz.

La relación simbólica del pájaro y la luz es muy estrecha. El fenómeno

se alimenta solamente por absorción de la luz y vive así quinientos cuarenta años, para volver a nacer de sus propias cenizas.

El aire, la luz, el tiempo. El canto de un ruiseñor, en la Cántiga CIII de Alfonso el Sabio, que nimbó en lengua fallega, suspende el tiempo y le abre a la eternidad.

El que sabe de pájaros, de la inclinación del vuelo, de la cadencia del canto, tiene una de las más secretas llaves de la sabiduría y se va haciendo con el paso del tiempo de aire transparente y vital.

Orte Ángel Valente

\* Traducción de Esperanza Orteja en El siglo del gorrión, nº 2, 1993.